

En real al mes

En Madrid para los suscritores á la Biblioteca Popular y Museo de las Familias, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRÓNICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la Biblioteca Popular y Museo.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

JUANA DE NAPOLES.

(Histórico.)

Sonó la hora en fin, de patentizar la inocencia de la hermosa Juana de Nápoles, tan aluminada por los dramaturgos de sus posteriores edades.

En 1555 y cuando apenas Juana contaba siete años, la casaron con un príncipe tan joven como ella, con Andrés Charobert, rey de Hungría; pero tanta gracia, belleza y elegancia, como descubría Juana, tanto por el contrario, su joven esposo se mostraba duro, salvaje, orgulloso y brutal.

Esta diversidad de caracteres debía naturalmente mantenerlos divididos algún tanto; pero su aversión fué creciendo con la edad y cuando en 1545 sucedió Juana á su abuelo, no ocultó Andrés su aborrecimiento para su joven esposa, é intrigó sordamente, porque pretendía tener á la corona los mismos derechos que ella.

Su favorito el hermano Roberto y Catalina confidenta de Juana, procuraban cuanto podían excitar en su alma aquella repugnancia, y el corazón de la reina, engendrado bajo el delicioso cielo de Nápoles, era débil y fácil de someter á las impresiones amorosas. Luis de Tarento, su primo, consiguió inspirarle amor, y fué causa de todas sus desventuras.

Este príncipe y los cortesanos le representaban á Andrés como un monstruo aborrecido del pueblo, como el azote de Nápoles, y quisieron participase de su planes de conspiración, pero nada ha resultado nunca que probase haberlo hecho, y ni aun siquiera tampoco nada que haya dado ocasión para sospecharlo.

Sin embargo, su adusto esposo guiado de un fúnebre presentimiento, ó quizás de algún amistoso aviso, le dijo á la reina la víspera de su muerte:—Juana, mañana debes asesinarme á lo que contestó llena de indignación: Si tal teméis, monseñor, permanezcamos juntos, tened siempre sobre mi alzado vuestro puñal, y á la menor tentativa, al menor ruido, hundídmelo en el pecho, para que no os sobreviva.

El 18 de setiembre de 1545, despertaron los conjurados al rey que había aceptado la noble proposición de su esposa; pero dos hombres ocultos tras de un tapiz por orden de Catalina, se apoderaron de la acción de Andrés, en el momento en que iba á herir á Juana, le desarmaron y abriendo la puerta á sus cómplices, penetraron estos y le despartizaron junto á una ventana, en la cámara misma en que la reina había repetido poco hacía la protesta de la víspera, y quizás hechole olvidar sus pasados odios con palabras amorosas y llenas de dulzura.

Indignados los grandes y el pueblo de tan atroz asesinato, se reunieron amotinados bajo de los balcones del palacio pidiendo venganza, y la viuda augusta para disculpase, entregó á un tribunal ordinario á los delincuentes.

Pereció en la tortura Catalina bendiciendo siempre á la reina, y sus cómplices exalaron también su último suspiro en los mayores tormentos, sin que una sola queja profiriesen contra la reina, sin que una voz siquiera se alzase para acusarla. Su mas grande falta y lo que mas sirvió despues para propagar y dar pábulo á la calumnia, fué el haberse casado poco tiempo despues con su primo Luis de Tarento, enemigo personal de la víctima y de quien estaba perdidamente enamorada.

Cuando llegó á los oídos de Luis, rey de Hungría la noticia de la muerte de su hermano, juró vengarla de una manera terrible, y despues de congregar á la nobleza bajo de un estandarte negro en que estaba pintada la estrangulación de Andrés, salió de Baden en 1547 é invadió el reino de Nápoles, cuya conquista hizo rápida y sangrientamente.

Sorprendida Juana no tuvo mas tiempo que el preciso para embarcarse con su nuevo esposo para la Provenza; pero á su llegada el papa Clemente VI la retuvo prisionera en un fuerte castillo, en donde la encantadora y noble reina, como la célebre Maria Stuart, se supo proporcionar algunas distracciones. La maledicencia afirma que se enamoró de un gallardo joven, capitán de la guardia de la ciudadela, el que hizo menos amargos los larguísimos días de su cautiverio. Y á propósito del asunto debemos declarar, que esta mujer, fué muy culpable en intrigas amorosas, pero lo fue solo en esto, lo mismo que Maria reina de Escocia la muy amada y rival de Isabel de Inglaterra, que no tuvo tampoco otros crímenes de que arrepentirse cuando dobló su garganta bajo la cuchilla, para que la segara el verdugo.

Trascurridos algunos meses de cautiverio recobró Juana su libertad en virtud de una negociación

cion en que cedió al papa Clemente VI la soberanía de Avignon por la increíble suma de 50,000 florines, solo con objeto de renadirse á su Luis de Tarento, en quien siempre pensaba y á quien tanto quería, no obstante sus ligeros devaneos.

En seguida comenzó á isruirse por el papa mismo y á instancias de Luis de Hungría, veedor de Nápoles, el proceso de esta desventurada reina; y Juana declaró delante de sus jueces que odiaba efectivamente á su primer marido pero que si hubiese tenido la mas leve sospecha de la conspiracion de que fué victima, ella misma se hubiera interpuesto entre su marido, y el puñal de los conjurados.

Declaró la corte pontifical á Juana inocente de toda participacion en el crimen; Luis que habia erigido cadalsos en toda la estension del reino de Nápoles, creyó deber someterse á la decision de esta sentencia: pero antes de retirar sus tropas de Italia, quiso escuchar de los labios de la misera reina su justificacion, y no fué hasta despues de esta prueba, de que Juana salió victoriosa, cuando el inflexible Luis regresó á su reino.

Presentose en efecto delante de aquel supremo juez, con la dignidad de la inocencia, con la altivez de reina ultrajada; y se refleja que la dulzura de su voz justificándose, la expresion melancolica de sus ojos y su admirable belleza conmovieron el acerado corazon del bárbaro, de tal manera que la abrazó y derramando una lágrima, le pidió perdon de sus sospechas, disculpables solo por el ímpetu de un amor fraternal.

Peró desde que de nuevo se consideraron poseedores pacíficos del trono de Nápoles, Juana y su esposo se entregaron desenfrenadamente á la locura de los placeres, y los dias y las noches se pasaban en fiestas y saranes que interrumpió solo la muerte de Luis acaecida el 26 de mayo de 1562.

Durante su corta viudez, nuevas fiestas y nuevos amores la distrajeron otra vez, mientras que sucedian otros dos maridos al dichoso Luis de Tarento. Peró sus enlaces no estorbaron tampoco á la inconstante reina, el continuar en su vida galante y misteriosa.

Sin embargo de que esto no embargaba tanto su atencion que no le permitiese dedicarse alguna vez á hacer la felicidad de su pueblo, á quien dio excelentes y protectoras leyes; se rodeó siempre de artistas, de hombres eminentes, admitió sonriendo los versos que la dedicaban los poetas, al paso que se sometia gravemente al consejo de los sabios, consiguió la adoracion de la nobleza y el respeto de su pueblo; y logró tambien antes de bajar á la tumba, disipar todos los calumniosos rumores que en algun tiempo habian circulado, y que habian sembrado de tristeza alguno de los disipados años de su vida.

Afirman todos los historiadores que conservo hasta exhalar su último suspiro su belleza sin par, su elegancia y la admirable hermosura y proporción de sus formas, inmortales hoy por la destreza del afortunado pincel de Leonardo de Vinci.

Muchos eseritores en sus novelas y folletines han pretendido hacerla aparecer tan criminal como Lucrecia Borgia, y nosotros preguntamos; sino debia dispensarse algo, si algo tiene de que, á la que no hizo nunca mas que entregarse en brazos del amor y que segun el testimonio de todos los historiadores contemporáneos, nunca sus manos se mancharon con el crimen?

LA DESDICHA EN EL FAVOR. (1)

III.

El palacio del Buen Retiro.

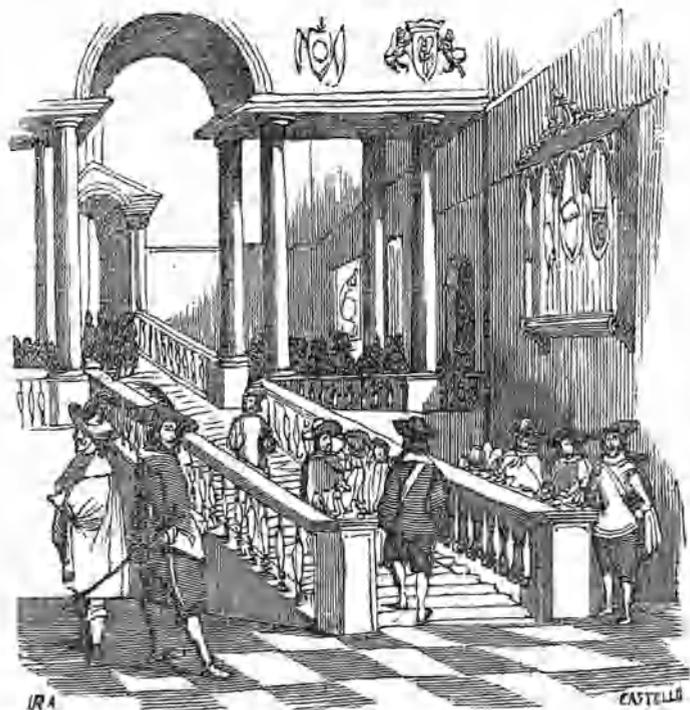
Un año despues de los sucesos de que hemos hecho mérito en el capítulo precedente, habia gran fiesta en el palacio del Buen Retiro, residencia entonces de los monarcas de España. Sabido es que el reinado de Felipe IV, tan fatal para España bajo el punto de vista político fué de los mas florecientes para las bellas letras. El rey tenia decidida afición á la poesia y dispensaba su proteccion á los eminentes varones que son hoy aun mas que entonces la gloria de nuestra literatura; el teatro sobre todo merecia la particular predileccion del monarca, que bajo nombre fingido componia tambien algunas piezas de no escaso mérito. Por lo mismo que la decadencia de la monarquía se hacia mas que nunca sensible, el fausto de la corte era mayor. Jamás se habia visto tan excesivo lujo en el regio alcazar, jamás una etiqueta mas ceremoniosa; nunca quizas mayor depravacion de costumbres, menos buena fe, mayor suma de intrigas. Ocupado el monarca en amorous devaneos, habia dejado el cuidado de los negocios al conde-duque de Olivares, hombre de escaso mérito y limitado talento, bajo cuya desastrosa administracion acabó de desmembrarse y perder su influencia la opulenta monarquía de Felipe II. Las fiestas y los saranes dispuestas mañosamente por el favorito para adormecer la pura enegria del rey, se sucedian sin cesar; bailes, partidas de caza, comedias, certámenes literarios, citas amorosas, he aqui la serie no interrumpida de ocupaciones del monarca, y á la que se entregaba con todo el abandono de la inespereincia y de la juventud.

Una de estas fiestas, acaso la mas concurrida y brillante que se habia visto hasta entonces, se dispuso con el aparente objeto de celebrar el cumpleaños del rey, pero en realidad con el fin de presentar á Maria en la corte, porque Maria segun habia pronosticado su protector el marqués de Ayamonte, á quien hasta ahora hemos conocido

(1) Para no privar á nuestros lectores de la variedad de materias en los números de la Crónica, nos vemos obligados á publicar solo un capítulo de la presente novela.

con el nombre de don Nuño, y según habrá quizás adivinado también el lector, era ya la querida del rey. Preciso es confesar á fuer de historiadores veraces que lo era contra su voluntad; pero hostigada por el monarca, engañada en sus ilusiones respecto al marqués á quien todavía amaba, no obstante que había tenido la imprudencia de dejarla entrever sus proyectos de ambición de que meditaba hacerla instrumento, y guiada acaso también por un sentimiento de vanidad, común á todas las mugeres y mas que en otra disculpable en ella, cuyo origen sabemos, se había dejado llevar maquinalmente arrastrada por una fuerza superior á la resistencia que ella hubiera

podido oponer. Al principio las visitas del rey eran misteriosas y reservadas; pero bien pronto el monarca que la amaba con pasión hizo público el galanteo, colmando á María de títulos y honores y nombrándola camarera mayor de palacio, á lo cual contribuyó también la circunstancia de haber dado á luz María un niño, fruto de estos amores. Debía tomar posesion de su nuevo destino el mismo día de la fiesta á que nemos hecho referencia y como todos estos detalles eran públicos en la corte, por eso fué mayor que nunca la afluencia de cortesanos y curiosos que se agrupaban en los salones, escaleras y avenidas del palacio para ver y contemplar á la misma en que algunos me-



ses antes no reparaban cuando cantaba en los portales de la Plaza. Una mirada benévola, una sonrisa de María, era hoy el colmo de la dicha para los mismos que te habían negado dos cuartos de limosna. Tristes flaquezas de la vida humana!

Hacemos gracia al lector de los detalles de una fiesta de que fué María la verdadera reina; jamás muger alguna se ha visto mas obsequiada: desde su entrada en los salones hasta que se retiró fué una ovacion continua. Al comenzar el baile, el conde-duque pidió á María le sirviese de pareja en un minué, á lo cual ella accedió sin repugnancia.

—Tengo que hablaros, le dijo el favorito á media voz.

—Cuando gustéis, replicó María.

—Esta misma noche, despues de la fiesta.

—La hora no me parece á propósito. ¿No sería mejor mañana?

—Imposible, nuestra entrevista no debe ser conocida de nadie.

—Os recibiré.

Terminada la fiesta despues de media noche, el marqués de Ayamonte que desde la elevacion de María se había mostrado indiferente y hasta desdenoso con ella, la ofreció el brazo al tiempo de

retirarse. María aceptó sin dificultad; pero al ir á tomar el coche, viendo que el marqués se disponía á subir con ella

—¿Qué haceis, marqués? preguntó con extrañeza.

—Acompañaros á vuestra casa.

—Eso es una imprudencia...

El marqués se había ya colocado á su lado y el coche rodaba velozmente. Después de un momento de silencio

—Vuestra conducta es incomprensible, marqués, dijo María, y á los dos podría traernos graves consecuencias.

—Nada temais; el tumulto y la oscuridad de la noche nos favorece; estoy seguro de que nadie me ha visto, y además ¿que tiene de extraño que un caballero, acompañe á una señora que se retira sola á su casa?

—Nada tendria en efecto si no mediaseis circunstancias...

—Que no son de nadie conocidas; bien lo sabeis. Sobre todo es preciso; mañana parto para Andalucía y necesito saber si todavía me amais.

—Marqués!

El coche había parado en el portal de la casa de María.

—Idos por Dios, exclamó esta, vais á perderme y á perderos.

—No me iré sin que me concedais un cuarto de hora que necesito para instruirlos.

El lacayo había abierto la pórtezueta y ambos descendieron; entablar una disputa delante de los criados era imprudente. María temblando, azorada y llena de sí, se dejó conducir por el audaz marqués hasta su mismo aposento. En cuanto quedaron solos cayó medio muerta sobre un sofá y con voz casi ininteligible:

—¿Que queréis de mí, exclamó?

—Ya lo he dicho, contestó el marqués con firmeza, saber si me amas aun; que me digas si todavía conservas algun recuerdo para el que fué un día tu ídolo, para...

—No prosigais que me haceis tamblar; podria ser vicioso...

—Una palabra: María, una sola palabra que me pruebe que aun vivo en tu corazón. Si supieras cuanto he padecido!

—Y bien, suponiendo que yo os amase aun, dijo María sollozando, suponiendo que hubiese olvidado pasados agravios. ¿De que os serviría? ¿No sabeis cual es mi posición?

—Porque la sé quiero remediarla, quiero libraros de las cadenas que te oprimen, quiero que me sigas...

—Callad, callad por Dios marqués...

Un lacayo entró á anunciar en el mismo momento el conde-duque de Olivares.

—Olivares á estas horas! dijo el marqués.

—Que entre, contestó María al lacayo...

El marqués repentinamente coge el sombrero.

—Que no sepa que estoy aquí, dijo á María, ó somos perdidos, y se ocultó en la alcoba.

Olivares entró cuando todavía no había podido María reponer-se de su emocion, producida por la escena que acabamos de referir.

—Supongo, le dijo el conde-duque después de saludarla y tomar asiento á su lado en el sofá, que me perdonareis el atrevimiento de haberos pedida una cita á estas horas.

—Fuerza es confesar, señor conde, replicó María, que me habeis sorprendido con una demanda tan nueva como inesperada.

—Voy á explicaros el motivo y cesará vuestra sorpresa. Mañana parto para Andalucía el marqués de Ayamonte.

—Lo sé.

—Lo sabeis! exclamó Olivares con sorpresa.

—Sí, lo he oído decir en palacio esta noche, contestó María para disimular su imprudencia.

—Pues bien, es preciso que el marqués no parta, y lo que yo exijo de vos, es que interpongais vuestro influjo con él, para que dilate el viaje algunos dias, sin que sospeche el motivo; en ello hareis mi verdadero servicio á S. M.

—¿Y quien os ha dicho que yo tengo influjo con Ayamonte?

—No os hagais la indiferente pues lo sé todo.

—No podeis saber mas sino que...

—Que ha sido vuestro protector; no es verdad? Pero esto no hace al caso; lo que importa es que os prestéis á mis designios.

—Permitid que me niegue á dar un paso que podria comprometerme. Además, ¿que causa puede obligaros á desear que el marqués permanezca en la corte?

—Os la diré; el marqués es un ambicioso, un intrigante que después de haber ensayado los medios de derribarme inútilmente, se ha unido con mi pariente el de Medina-Sidonia que manda en Andalucía, y temo de esta union fatales consecuencias. El rey le ha concedido licencia para marchar á pagar de mi oposición y solo trato dilatando el viaje, de ganar tiempo para inclinar el ánimo de S. M. á que adopte una resolución mas favorable á mis designios.

—Repito que no puedo asociarme á un plan que podria ser funesto al marqués á quien....

—¿A quien amais....

—A quien debo gratitud.

—Sin duda olvidais, señora, que tengo en mi mano los medios de perderos y perderlo. Considerad que puedo con una palabra no solo impedir este viaje, sino hacer que le encierran en una torre; si el rey supiese que el marqués es vuestro amante....

—Señor conde!...

—Que lo ha sido; lo mismo tiene; si yo le instruyo....

—El rey, dijo un lacayo asomándose á la puerta.

—Somos perdidos, exclamó Olivares y con la mayor precipitacion se dirigió á ocultarse en la alcoba.

—En el gabinete, gritó María.
El conde-duque, que al llegar á la puerta de la alcoba habia hecho un movimiento de sorpresa, se dirigió al gabinete y apenas habia entrado en el cuando el rey abría la mampara de la sala.

(La conclusión en el próximo número.)

LA DAMA BLANCA DE ALENZON.

(Leyenda.)

Cualquiera que haya viajado por alguna parte del departamento del Orne, no habrá dejado de oír hablar de la Dama Blanca de Alenzon, y si se ha detenido en alguna posada para restablecer las deterioradas fuerzas de su estómago, ó para enjugar sus vestidos mojados con la lluvia, ó para seguro que entretanto no habra estado sin escuchar á algun anciano ó anciana de la ciudad, de esos que en las familias se granjean la consideracion de patriarcas, referirle que todos los días al obscurecer, en otro tiempo se veia vagar sobre la estensa plataforma de la torre que dominaba al antiguo castillo, una fantasma, que cubierta con una túnica blanca ensangrentada, que flotaba como una misteriosa oriflama al soplo de la brisa: que despues de pasear un rato este espectro por la galeria gótica, lanzaba un grito penetrante y se desvanecía á las miradas de los que le observaban para no aparecer hasta el día siguiente á la luz de los pálidos rayos de la luna, y que esta sombra, espectro ó fantasma, era el alma de María de Anson, esposa del poseedor del castillo en el octavo siglo. Refieren en pocas palabras esta tradicion ó aventura trágica de la manera siguiente.

Fue llamado por Carlo-Magno á la corte en el palacio de Thermes en París, el señor del castillo Enguerrando de Anson: pero antes de complimentar las ordenes de su soberano, arrancó á su esposa la promesa de que durante todo el tiempo que permaneciese en la corte, ausente de su lado, no recibiría visita alguna, porque la amaba con passion y cuidaba de ocultar su hermosura como un avaro su tesoro. La castellana despues de ofrecérselo con juramento, recibió en la frente un beso de su marido, y un rico anillo de oro que ciñó á uno de los dedos de su delicada mano: el beso era la expresion de su amorosa pena en separarse, el anillo debía recordarle el pacto.

Despues de esto partió Enguerrando casi sin sentimiento y escoltado por veinte y cuatro hombres de armas, escogidos de entre los mas fieles de sus vasallos y doce pages ricamente vestidos. Cuando Hughes de Mauvray, señor de Mortagne, que en otro tiempo habia pretendido la mano de María se enteró de esta ausencia, la envió á su capellan, suplicando confesase á aquel ministro del Señor el anillo que su marido le habia regalado antes de partir.—Mi noble amo va á casarse, dijo el cape-

llan y desea ofrecer á su futura un anillo semejante á ese vuestro. Prestádmelo, noble señora, por algunos días, tan solo mientras unos plateros lombardos que á la sazón se hallan en Mortagne, fabrican una joya exactamente parecida.

Demasiado cándida María arrancó de su dedo, despues de algunos momentos de vacilacion, la sagrada prenda de una fe jurada solemnemente, y la depositó con mano trémula en las del sacerdote. Confió, señor, el anillo á vuestra prudencia y santidad: pero cuidad mucho de el, por que de su conservacion pende mi felicidad en esta vida y mi salvacion en la otra.

Prometiéndole el emisario cuanto le pedía y gozoso por haber alcanzado éxito tan feliz en su empresa, regresó á Mortagne á toda prisa para entregar á Hughes el tan deseado anillo.

Entonces el conde mandó ensillar su mas fogoso caballo y vestido con sus mas costosas ropas y rica espada, emprendió el camino de París y llegó al palacio de Thermes, siendo recibido por Carlo-Magno con afecto, porque Hughes de Mauvray era guerrero intrepido. El mismo Enguerrando deponiendo la antigua animosidad que siempre le escitaba la presencia de su rival, le acogió con amistad, llegando su intimidad al punto de querer informarse de si sabia algo acerca de la salud de su querida castellana, á quien cada vez amaba mas.

—La salud de la castellana! contestó irónica y traidoramente el conde; su salud! es la mas floreciente, demasiado floreciente quizás!....—Como, qué quereis dar á entender con eso! replicó vivamente Enguerrando.—Mi pobre amigo, continuo Hughes como dominado por un irresistible impulso de afecto y cariño; sin duda alguna que lo que voy á deciros desgarrará vuestro corazon, pero la amistad queos debo me impone el deber de no ocultaros nada. Habeis de saber que vuestra esposa, la tan bien amada María, es una criatura harto detestable! porque mientras vos aquí permanecéis entregado al recuerdo de sus encantos, olvida la desgraciada ese amor; vuestro honor y su fe!....

A medida que el conde de Mortagne pronunciaba estas palabras con fingida solitud, iba palideciendo el señor de Alenzon y consideraba como alre amenazador á Hughes, en otro tiempo su competidor en amores y su rival.

Para convencerme de la infidelidad de María, dijo con serdo acento, seria menester otro testimonio menos sospechoso que vuestras palabras, señor de Mortagne.

—Si lo quereis aquí le teneis. Este anillo, es el que está vuestro nombre grabado, os convencerá mejor que todo cuanto pudiera yo deciros, dijo entregándosele, ahora de lo quereis que dispensarme es, de no revelaros el nombre del que ha suministrado la cimera de vuestro casco. Rugió Enguerrando como un tigre herido de muerte, chispeaban de rabia sus ojos, y exclamó: pages, á mí! despues lanzándose de un salto á caballo sobre un fogoso

palafren, salió por los jardines del palacio, sin despedirse siquiera del rey, y galopaba silencioso como una fantasma hacia Alençon, acompañado tan sólo de uno de sus pagas. En pocas horas traspuso el espacio que le separaba del castillo, y marcaba las doce la clepsidra cuando los fatigados caballos del señor y del page cruzaron con estrépito el puente levadizo. Los centinelas de las torres daban la señal de alarma, y despertada la castellana llena de sobresalto, por el roncó sonar de las trompas que anunciaban la llegada del señor, se arrojó del lecho, y mas hermosa con la sorpresa y la emoción, salió á su encuentro, flotantes los cabellos, sonriendo su boca y espresando su mirada el amor hacia su esposo; y la alegría que inundaba su idólatra corazón. El mismo desorden de la figura de María, aunque natural á tales horas, excitó mas si era posible el celoso furor de su marido. Al divisarle fué María precipitada á arrojar-se en sus brazos, pero Enguerrando la rechazó brutalmente. Es posible, exclamó con angelical dulzura, que me recibais de esa manera?—El anillo, perjura, exclamó con una voz que resonó como el trueno.—El anillo? murmuró temblando la joven.—Ah! Enguerrando, yo os diré....—Qué habeis hecho de él? añadió el castellano con mas terrible acento.

—Yo os lo diré, Enguerrando; pero perdonadme el haber infringido vuestro precepto.... Un sacerdote....—Infame! exclamó su esposo; no añadais al crimen la mentira. Mira, mira el anillo, le conoces? habla pues, en fin, di si le reconoces.

—Sí, sí, le reconozco; pero perdon, perdonadme esta vez, pues os juré que nunca volveré á suceder; perdon en nombre de nuestro señor Jesucristo.—Con que nunca mas volveré á suceder, exclamó Enguerrando, Oh! no, no te volverá á suceder, porque soy yo á un mismo tiempo tu acusador, tu juez y tu verdugo; no, nunca volverás á engañarme.

Arrastrado por el bárbaro furor, que crecía y le cegaba cada vez mas, entró en el cuarto en que su hijo dormía, y cogiendo de los pies á la inocente y débil criatura estrelló su cabeza contra la pared; en seguida sin dar tiempo á que se recuperara de su espanto la desventurada madre: volvióse contra ella, y asisténdola por sus medio deshechas trenzas, la arrastró por las escaleras hasta el patio, en que atándola de la cola de su caballo, desapareció al galope por las trochas más escarpadas del parque. En cada piedra, en cada mata ó espino, iba dejando una parte de sus carnes y de su sangre. Todo su cuerpo no fué bien pronto mas que una pura llaga.

Por fin se detuvo Enguerrando cuando su caballo cayó reventando de fatiga.... María de Anson respiraba aun, la palma del martirio había dilatado su vida con el suplicio. Considerando entonces su obra le ocurrió al castellano una idea infernal. Durante todo el tiempo que había conducido arrastrando á su esposa, había estado constantemente protestado su inocencia y entonces quiso

descubrir por medio de la confesion las faltas de su víctima; la confesion que no podía arrancar, la quería sorprender en el tribunal de la penitencia. Enguerrando se disfrazó de sacerdote.

La pobre María estaba casi espirando y cuando ya parecia faltarle la palabra, de pronto y como si el dedo de Dios hiciese abrir sus labios crispados por la agonía, exclamó, «No, yo no soy culpable! siempre he vivido fiel á mi querido Enguerrando; yo le perdono mi muerte; pero Dios me prohibe perdonarle la de mi hijo asesinado sin recibir el sacramento bautismal» diciendo así espiró.

Tal fué el trágico fin de la bella María, castellana de Alençon. Apaden los tradicionalistas que entregado su esposo, el conde Enguerrando, á los mas crueles remordimientos por el doble asesinato que habia cometido, tardó poco en abandonar el país, y trocar sus doradas habitaciones y sus ricos vestidos, por un tosco sayal y una ermita del monte de San Miguel; pero añaden tambien que antes de abandonar su antiguo castillo, trató de alcanzar una venganza ruidosa del criminal y ahorrísimamente autor de sus males; y lo que resulta de cierto, es que algun tiempo despues del injusto suplicio de la castellana, desapareció para siempre el de Mortagne, y que en 1774, cuando se construyeron los cimientos del moderno castillo de Alençon, se halló en un apartado subterráneo del antiguo, un esqueleto armado de punta en blanco, y atado con una cadena á una argolla que pendía de la pared. La posición del esqueleto, el estado de conservación de sus huesos, y un canlaró vacío y que debió contener agua, atestiguan bien claramente el hecho de una venganza llevada á su último término.

ESCLAVITUD DE LOS PUEBLOS NEGROS.

ORIGEN DEL TRÁFICO.

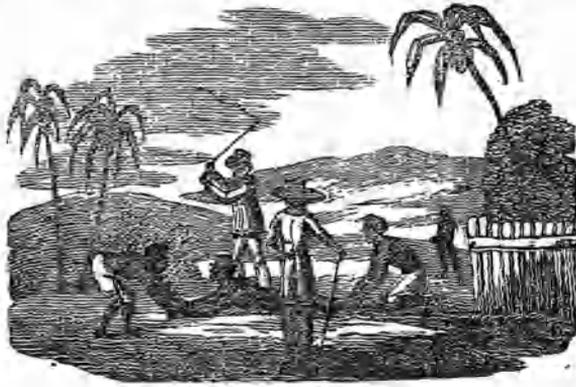
En la antigüedad los egipcios tenían á su servicio eunucos negros á imitación de los asirios y los persas; Sdon y Tir sostenian el tráfico de esclavos segun se deduce del contenido de los libros sagrados. La gran ciudad de Cartago se valia tambien de estos mismos seres para emplearlos en el trabajo y labores de las minas y en la manobra de los buques. Los griegos y los romanos importaron á Europa el uso de esclavos. En Constantinopla y en Roma, en la época de los emperadores habia gran número de negros ó etiopeos, y despues de las conquistas de los sarracenos, y las irrupciones de los moros y de los árabes en el corazón de Africa, aumentaron considerablemente en todos los pueblos y dominios sometidos á los musulmanes.

En época mas serena, á últimos del siglo XIV, habiendo descubierto los portugueses unas islas próximas á la costa de Africa, regresaron con esclavos que empleaban en el cultivo de sus campos,

ya en el continente ó en las islas Canarias. Despues éstos mismos descubridores construyeron en la costa de Africa una fortaleza, conocida bajo el nombre de Elmina, fundaron en 1481 un establecimiento, y cuatro años despues Alonso Gonzalez fué uno de los primeros que dieron impulso á ese gran

comercio de esclavos, que ha llegado hasta nuestros dias.

La primera vez que los españoles se emplearon en esta especulacion de sangre humana, fué segun los datos mas auténticos que hemos podido consultar, hacia el año de 1508, época en que co-



menzaba á explotarse la caña de azucar en la isla de Santo Domingo. Cien años despues con las conquistas de América, adquirió el comercio de esclavos un desarrollo y un incremento colosal, pues nuestros abuelos, poseedores de aquellos mundos, necesitando brazos, se vieron en la precision de trasplantar una nueva raza que sustituyera ó reemplazara el inmenso número de naturales que perecieron por salvar su independencia, la

completa dispersion al interior de las selvas y bosques de los que habian sobrevivido y á la estincion gradual del resto de la poblacion, por efecto de los duros trabajos á que se les destinaba en la explotacion de minas. El cultivo de la caña de azucar, del café y del algodón, fueron en las vastas y feraces regiones de las Américas, manantiales fecundos y fuentes abundantes de grandes y rápidas fortunas, pero aun era mas lucrativo el tra-



ficó de esclavos para los capitanes y armadores de embarcaciones negreras.

Las demas naciones de Europa celosas y rivales de las glorias de España y sus conquistas, ansiosas de hallar un extremo cualquiera por donde conseguir aprovecharse de las riquezas de aquel

nuevo mundo, armaron sus buques; y de todos los puertos partieron expediciones en busca de nuevos países; mas aun mejor que estos y con mas felices resultados, marcharon algunos á las costas de Africa á arrebatrar de su patria á otros seres para suministrar brazos de que tanto necesitába-

que barían valer á precios exorbitantes. Con este objeto visitaron las diversas costas de este continente, que les suministraban, como decían los capitanes mismos, diversas calidades de sangre que valuaban y clasificaban segun sus circunstancias, y como si se tratara de café, añil ó cualquiera otra producción indígena; de modo que al poco tiempo de haberse dedicado algunos emprendedores á este género de especulación, quedaron definitivamente establecidas las correspondientes tarifas.

De todos los puntos del litoral africano, fué el mas concurrido el de la *Costa de Oro*. En ninguna otra parte hallaron los europeos tantos esclavos ni de mejor condicion. Al principio se adquirían casi por nada, pero despues se fué elevando poco á poco su precio hasta valer ochenta, cien y mas pesos fuertes, y no obstante la carestia de estas máquinas humanas se esportaban cada año de sesenta á cien mil. La Inglaterra era casi la que esclusivamente se ocupaba en semejante tráfico, bien para hacer con su explotación mas productivas sus colonias ó para revenderlos á otras naciones. Entonces tenia un grande interes en sostener el tráfico; hoy le condena y pretende su completa abolición, porque sus intereses comerciales son otros ya.

REVISTA DE LA SEMANA.

Algo retrasados estamos con nuestros lectores en esta seccion, que por falta de espacio no pudo tener cabida el número anterior; para ponernos al corriente, debíamos decir, que el éxito de los *Puritans* con que se inauguró la compañía de ópera del Circo fué fatal, de cuyas resultas solo se ejecutó la primera noche. En los teatros principales, para valerlos de la espression de que ellos mismos usan, se estrenó el lunes una tragedia nueva de la señorita Avellaneda, titulada *El Príncipe de Viana*; la opinion de la prensa acerca de esta nueva obra de la célebre poetisa, no ha sido unánime; unos han exagerado sus defectos, otros han realzado sobradamente su mérito; el hecho es, que el público aplaudió, que se llamó á la escena á la autora, que se la echaron coronas, y que se hizo asunto se podría y debería hacer solo en casos muy especiales; *El Príncipe de Viana* no merece estas demostraciones, que prodigadas en demasia pierden su importancia y producen el efecto contrario. Todo lo que se puede decir de la tragedia es que tiene muy buenos versos y algunas escenas bien trazadas; pero esto no basta; el teatro exige algo mas, y la señorita Avellaneda tiene sobrado talento para hacer cosas mejores que *El Príncipe de Viana*; la aconsejamos por tanto que no tenga prisa de recoger laureles.

—El miércoles ha pasado revista el señor Ministro de la guerra á las tropas de esta guarnición; el jueves formaron en la carrera que llevó S. M. para abrir las cortes. Apesar del dia desapacible, la concurrencia fué mucha á este acto, y tambien el besamanos que tuvo lugar despues con motivo del cumpleaños de la Reina; por la noche hubo iluminación.

—Se ha suicidado en un pistolazo en la madrugada del día 3 del actor Monreal, dejando una carta escrita para que á

nadie se acuse de su muerte; infiérase del contenido de ella que le ha conducido á este acto de desesperacion algun negocio de amores. Apenas se concibe que haya quien tome en estos tiempos las cosas de esta especie tan á pecho.

—Sobiste sin ventilar una cuestion de comercio muy grave de que se han ocupado ya los periódicos; hablamos de la pugna entre los dos bancos, el de Isabel II y de San Fernando, sobre la emision de billetes al portador. El de San Fernando ha llevado el negocio á los tribunales, fundado en que en la cédula de creación se le concede el derecho privativo de emitir billetes al portador por término de treinta años; cuyo privilegio parece fué adquirido en virtud de título oneroso por las transacciones celebradas con el gobierno, que era deudor al antiguo Banco de San Carlos. Muy urgente es en nuestro concepto, la resolution de un asunto que tiene en expectativa al comercio, y que puede ser de graves consecuencias.

—El jueves en la noche tuvo lugar en el Circo la primera representacion de *Il Nabuco*; ópera en cuatro actos; la entrada fué completa y la ópera gustó; así como la primera donna señora Obar de Rossi. En uno de los cambios de decoracion del acto tercero, al bajar por el aire uno de los mozos (*arroyes*, segun la voz técnica) para subir un telon, cayó el infeliz sobre la lanza de un comparsa y se hirió gravemente; al instante se le prodigarán los necesarios auxilios.

—En la noche del 10 han asistido SS. MM. y A. al teatro de la Cruz en que se representaron las comedias *Un tercero en discordia* y *Cecilia la Ciegucecita*. La concurrencia fué numerosa.

—Ya se ha publicado en la *Gaceta* el reglamento para el servicio de la *Guardia civil*, y el jueves formó parte de la desfilada á este distrito en la carrera que llevó la Reina para la apertura de cortes; veremos si esta institucion dá el resultado que se apelea; entre tanto hace muy pocos dias que fueron robadas las dos diligencias que salieron de Madrid para el Escorial, por seis hombres armados, en las inmediaciones de aquel sitio. Es por demas escandaloso que con tanta frecuencia se repitan los robos casi á las puertas de la capital y á la vista misma del gobierno.

PUBLICACIONES.

Se ha concluido de emitir el tomo 2.º y último de las *Obras de Moratin*, á los suscritores á la *Biblioteca popular* que lo tenían pagado en todo ó en su mayor parte. Rogamos á los que hasta ahora no han renovado la suscripcion y quieran recibirla, que acudan á los señores comisionados, á verificar el pago de los pliegos que les falten por satisfacer hasta el 210 en que acaba dicho tomo, y se les enviara al punto.

AVISO.

Está en prensa el *Gil Blas de Santillana*, con 100 grabados originales, y el nuevo prospecto de la *Biblioteca*, en que se anuncian las obras que han de seguir.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

DE D. F. DE P. MELLADO.—EDITOR.
Calle del Sordo núm. 41.